

DOS NOVELISTAS NORTEAMERICANOS EN ESPAÑOL:

ERNEST HEMINGWAY
Y JHON STEINBECK

Por DARIO FERNANDEZ-FLOREZ

TODOS vosotros sois una generación perdida», afirmó Gertrude Stein, refiriéndose a la juventud de la postguerra del 14, y dirigiendo sus palabras al grupo de escritores jóvenes que la rodeaba en París, donde residía esta escritora tan elogiada y tan poco leída, pero que tuvo una gran influencia en el desarrollo de la actual literatura norteamericana. En el grupo se hallaba un extraño y disparatado periodista, corresponsal europeo de un diario canadiense, de nacionalidad norteamericana y ex combatiente herido en el frente italiano, Ernest Hemingway, autor de *Fiesta*, una novela que hoy llega a España importada de la Argentina, y cuya publicación, con el título inglés de *The Sun Also Rises*, data nada menos que del año 1926. Este volumen, expuesto en los escaparates de nuestras librerías, nos mueve a recordar algunas cosas.

Ernest Hemingway, contrariamente a los otros escritores norteamericanos de aquella postguerra, poseía una muy escasa preparación académica. Dedicado al periodismo, publicó un primer libro de cuentos en 1925, *In Our Time*, cuyo escenario está situado en los bosques y lagos de Michigan y en la Europa de la postguerra. Ya en este volumen se anuncia su brutal extravagancia lite-

raria en una serie de episodios que carecen de relación y que tratan de ser crueles miniaturas de la guerra y de la muerte, ligados por un desagradable y antipático individuo, Nick Adams, joven amoral, áspero y estoico, por lo menos en apariencia, pues es un tipo absolutamente falso y sin carne ni hueso.

Sin embargo, el estilo de Hemingway, desnudo y difícil, a pesar de su aparente y seca sencillez, comenzó a llamar la atención hacia sus extrañas creaciones. Animadas sus frases por cadencias del lenguaje familiar, no de la convencional prosa, que sólo se halla en los libros, poseen una singular variedad, una original e incisiva frescura literaria. Por eso, sus cuentos fueron algo nuevo en lengua inglesa, y al publicar, en 1926, *The Sun Also Rises*, novela que lleva en la versión castellana el título de *Fiesta*, la crítica le dedicó una vigilante curiosidad.

El título inglés, tomado del amargo *Eclesiastés*, nos indica ya el tema desconsolador de la novela. En efecto: en sus páginas, unos personajes ácidos, desilusionados, amorales y entristecidos, bailan, beben y trajinan por el París decadente, dorado por los dólares todopoderosos del turista norteamericano de la postguerra, sin una sola ambición, sin una sola esperanza, como condenados al más terrible infierno de la vida.

Entre vaso y vaso, y entre amor y amor, si es que a ciertos acontecimientos entre dos personas de sexo opuesto que registran las secas páginas de esta obra puede aplicárseles ese alto nombre; este grupo de insensatos, de agotados decadentes, va de excursión a España, a Pamplona, donde asiste a las fiestas de San Fermín y a las corridas de toros, gran afición de Hemingway, que ha publicado posteriormente, en 1932, una curiosa historia y un manual de nuestra fiesta nacional, *Deat in the Afternoon*.

Los desvaídos personajes de la novela se tonifican algo con el espectáculo de las corridas de toros, y de allí nace un triste y estéril amor de la protagonista con un torero, complicación erótica que vale la pena de conocer para hallar un dato más sobre los anchos límites de la estupidez creadora. Al fin todo termina, como empezó, de mala manera, y el lector de esta obra disparatada puede en-

terarse, inesperadamente, de que los guardias urbanos españoles dirigen la circulación en la Gran Vía jinetes en inquietos caballos, de un origen más o menos árabe, y de que nuestros toreros son unos señores, de mirar siempre esquinado, que apenas hablan y que, sin un solo gesto en sus rostros hieráticos, cazan las hembras por doquier.

La guerra de España, nuestra guerra, conmovió, al parecer, a Hemingway, como a tantos otros creadores agotados que andaban un poco faltos de inspiración, y decidieron venir por estas tierras a excitar su pluma matando españoles. Anduvo por Madrid de miliciano y escribió un drama, *The Fifth Column*, en 1937, sobre la quinta columna, que le tenía algo inquieto.

Antes había ya disputado públicamente con Jhon dos Passos, otro miliciano de aventura, pero mucho más humano y amante de España que él, sobre la ejecución de los prisioneros «rebeldes». Dos Passos, el autor de *Rosinante to the Road Again* («Rocinante vuelve al camino») y de *Adventures of a Young Man*, andaba ya algo desengañado sobre los extremismos europeos y mantenía una actitud humana y liberal, rechazada por Hemingway, quien, según afirma van Doren en su ensayo sobre la novela norteamericana (1), exigía la más implacable ejecución.

En 1938, ya en América, sano y salvo, y deseemos que también desengañado de algunas cosas, publicó el drama, en unión de otros cuentos, algunos de ellos, como *The Old Man at the Bridge*, alzados sobre un incidente de nuestra guerra, manejado a su gusto, que es siempre el de exhibir la máxima brutalidad literaria, el salvajismo más cruel y desagradable, como figura principal de un grupo de escritores norteamericanos, que espera hallar así un camino renovador para la novelística moderna.

Después, años adelante, Ernest Hemingway parece intentar corregir la mediocridad estúpida de esta *Fiesta*, que cae hoy en nuestras manos, y la ingenuidad adolescente de su *Green Hills of Africa*, un laborioso y pedante tostón. Porque trata de seguir la ruta

(1) CARL VAN DOREN: *La novela norteamericana*.—Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1942. Pág. 407.

iniciada con su *A Farewell to Arms* («Adiós a las armas»), y ha escrito *For who the Bells Tolls* («Por quién doblan las campanas»), novela de la que, al parecer, se ha hecho una película extraordinaria, que superará, probablemente, su origen novelístico.

El tema español continúa obsesionando a este extraño amante de España, que siente por nuestra Patria una insana pasión, llena de resentidos celos. Así, en *Por quién doblan las campanas*, todos los españoles, comunistas y anticomunistas, rojos y azules, aparecemos como unos seres feroces, algo así como los cazadores de cabezas. Y no se crea esta comparación caprichosa, pues en ciertas páginas de la obra se describe cómo unos soldados de Franco, para no cargar con el peso de los cadáveres de unos supuestos ejecutados, los decapitan, llevándose sus cabezas como trofeo alegre y ejemplar. Por otra parte, el asesinato de un sacerdote en la plaza de un pueblo español por los rojos se describe también con esa prosa brutal, seca y falsa, que tanto le place emplear a Ernest Hemingway, un escritor que vino por estas tierras ariscas a tonificar un poco su decaída imaginación creadora.

A quien piense que en los Estados Unidos la vida se desenvuelve mediatizada por un signo materialista, precipitado y urgente, yo me permitiría recomendarle la lectura de cualquier novela de este gran escritor norteamericano que es Jhon Steinbeck, cuatro años tan sólo más joven que Hemingway, pero novelista mucho más saludable que el autor de *Fiesta*. Porque sucede con los Estados Unidos algo semejante a lo que ocurría hace ya algunos lustros con Francia. Que la gente caía en el error de capitalizar a todo un país, de creer que toda Francia vivía la vida agitada, luminosa, interesante y bohemia al mismo tiempo, de la gran ciudad de las riberas del Sena, paraíso de artistas y aventureros. No, no es así; nunca ha sido así. Las provincias del Imperio romano nunca fueron Roma; Francia nunca fué París, ni los Estados Unidos son Nueva York, ni Miami, ni Reno, ni Hollywood. Son mucho más, afortunadamente para ellos. Y, entre otras cosas, son esta humanidad entrañable, tierna, tolerante, pacífica y bondadosa que exhiben las novelas de

Jhon Steinbeck, autor de *Los arrabales de Cannery*; estos arrabales conserveros de Monterrey que recordamos como algo propio, como algo vivido en una estada feliz, al margen de toda preocupación materialista de la vida, alegre y dulce, con la alegría y con la dulzura de la paz sobre la tierra de unos hombres de buena voluntad, aun cuando esta buena voluntad la tuerza siempre la torpeza. Hay que rechazar, pues, la calificación de escritor proletario que gentes de vía estrecha han atribuído a Steinbeck, probablemente por su novela *In Dubious Battle*. Tanto valdría echar ese calificativo sobre los hombros flacos y espigados de Knut Hamsun, el novelista noruego que ha influído mucho más de lo que se cree sobre la joven novelística mundial.

El individualismo de Jhon Steinbeck, un poco barojiano, a lo Silvestre Paradox si se quiere, y su honda ternura por el hombre, le impedirán siempre caer en un tipo socializante de novela, aun cuando sus personajes se nutran de un problema social, mejor dicho, humano.

Dejando al margen *Cup of Gold*, una romántica narración de piratas, *Of Mice and Men*, y hasta esas dramáticas *The Grapes of Wrath*, que han sido traducidas al castellano como *Viñas de ira*, no podemos olvidar a los «paisanos» de Monterrey, que se mueven no sólo por las páginas de *Tortilla Flat*, su más célebre novela, sino también por las de *Los arrabales de Cannery*, obra que con *El pony colorado* nos llega hoy vertida al castellano en una edición argentina.

Los arrabales de Cannery son algo más que una novela. Son, como fueron *Tortilla Flat* y *El pony colorado*, entrañas del folklore norteamericano, que en este caso se refiere a la zona californiana, a la costa del mar Pacífico, llena aún de recuerdos españoles.

Como siempre ocurre en las obras de Jhon Steinbeck, el relato se centra en las hazañas bonachonas y torpes de un grupo de pobres gentes, de «paisanos» descendientes de la población mejicana de Monterrey, más españoles en su honda actitud senequista que anglosajones. Son gente buena, amable, cortés y siempre sosegada, aunque viva a la buena de Dios y sus mejores intenciones se tuerzan siempre en la encrucijada difícil de la vida.

El otro libro, *El pony colorado*, es un bello cuento largo, de tono poemático y de una enternecedora humanidad, que protagoniza, no a este animal, sino a un chiquillo precoz, de gran imaginación y de una exquisita sensibilidad, que nos trae la poética vibración de los campos y la más sana vida agrícola familiar.

Creo que la historia literaria de los Estados Unidos reservará un lugar destacado a Jhon Steinbeck, porque posee este escritor, a mi entender, calidades más finas, más universales, que sus compañeros. Hemingway es demasiado duro, con dureza artificial y seca. Dos Passos pretente un género novelístico totalitario que embarulla y afea el relato literario. Saroyan es harto intelectual y difícil en sus cuentos. Erskine-Caldwell, el más original acaso, se siente atraído por la brutalidad de unos sucesos que repite monótonamente. Morley resulta basto y torpe en su vena satírica. James M. Cain produce novelas de una intriga gemela. Farrell es demasiado plebello y Faulkner, el de más alta categoría novelística entre los citados, nos angustia con la emoción desordenada y oscura de estar leyendo a un Dostoiewski loco.

En Jhon Steinbeck se unen la agudeza y la sensibilidad, el amor y la gracia amable, grotesca a veces, pero sin mala intención, y, sobre todo, una ternura por el hombre pobre, por el desesperado, por el torpe, que engrandecen sus novelas, entre las que pueden ser un buen ejemplo, aunque inferiores a *Tortilla Flat*, las dos citadas, que nos hacen amar y vigilar atentamente las rutas novelísticas de este joven e importante escritor norteamericano, recientemente vertido al castellano.